



Observar el vigor de esta planta, tomada aisladamente del conjunto. (Foto De Grandi)

LARGA es la historia de este recuerdo treinta y tres años. Larga y sufrida. Pocas cosas tan fuera de lo común se revelaron tan naturalmente como verdades a tan temprana edad en mí; ninguna verdad tan fácilmente comprobable debió enfrentar tan tremenda lucha para subsistir, como esta verdad que felizmente subsiste en mí: en Treinta y Tres hay mates — mates, sí! — de árboles de yerbamate industrializables. Y no he terminado de pronunciar la última palabra de esta afirmación, cuando ya resuena en mis oídos el coro de risas y risitas que a lo largo de tantos años de repetir la misma afirmación, me han salido al encuentro. Pero vamos a la historia larga y sufrida.

Yo tenía ocho años la mañana en que Donato Núñez (hoy en Melo), amigo como

su padre, (el inolvidable don Bilico), de los hombres de mi edad por entonces, me dijo, mientras recorriamos el potrero del Valle:

—¿Vos sabías que en este potrero hay yerba?

—¡Yerba!... Sos loco... ¿Dónde hay?

—En ese monte.

Era el cerro Yerbalito. Nos bajamos de los caballos, nos internamos a saltos y agachamos por una quebradita. A los tres o cuatro cuerdas él se paró, echó el cuerpo para atrás y se hizo oír:

—Ahí tenés la tal yerba.

Frente a mis ojos asustados brillaban las hojas fragantes —parecidas a las del canelón— de cuatro o cinco inmensos árboles. Pregunté:

—¿Y por qué los podan?

—Pues para hacer yerba, don Pedro Méndez, el vecino lindero.

Liqué a las casas con la noticia en todo el cuerpo. Entré corriendo y se la conté a mi madre, que lidiaba en la cocina acompañada de la vieja María.

—Mamá, ¡en el Valle hay árboles de yerba!

—Ah, sí...

—¡Yerba, mamá!

—Sí, ya oí.

Ella dice que no, ahora; pero por la cara que le vi a la vieja María, yo quedé desconfiado de que se hubiesen hecho alguna de esas guindaditas que siempre esconden los mayores y que siempre pillan los gurises. Lo que más me hizo desconfiar, fue la imposibilidad de ambas. Porque francamente, yo quería que las dos en coro hubiesen gritado "¡yerba aquí!... ¡no puede ser!...", para salir convencido de que podía ser. Pero ni una duda dejaron escapar; casi me convencen de que no había nada.

Salí puerta afuera en busca de mis hermanos para atenuar el ánimo. Los reuní a mi alrededor, y a boca de jarro les disparé la noticia. Pero ya vi que allí no más empezaban a mirarse de rabo de ojo unos a los otros. Me les desparané, me largaron la risa, los desafié a pelear en rueda, se armó la gran tremolina. Pero apenas la vieja le había puesto fin, empezaron a menudear

el mortero, no sin antes guardarme unas hojas. Llamé a la gurizada, y después que oí las esperadas exclamaciones de asombro al ver salir de yerba al mortero de la marmosera y el gofio, eché mano a mis hojitas y decliné:

—Yerba, ¿no? Bueno, es recada de estas hojas. Y estas hojas las arrancó hace un rato en el Valle.

Cuando llegué hasta mi madre con el trofeo en un puño, me contestó que ya sabía; que mi padre había tomado mate en lo de don Pedro.

*

En la escuela el asunto nos dividió en dos bandos: el de los que vivíamos y el de los que no vivían sobre cualquiera de las costas del Yerbalito o del Yerbal Chico. Los primeros integrábamos dos sectores: los que habíamos visto los árboles, sabíamos que se hacía yerba y habíamos probado algún mate de la misma; y los que habitualmente tomaban mate de ella y ayudaban a hacerla. Los segundos formaban un solo sector; compacto, parejo, cerrado: el de los que no creían, no querían creer, no querían que se creyera, no querían que se quisiera creer que hubiese yerba. Algunos, con pasar un alambrado y caminar cuatro o cinco cuerdas, la hubiesen visto y gustado. Ninguno

Recuerdos de Treinta y Tres

por aquí y por allá, los dialoguitos de esta laya:

—¿Matamos, compañero?

—Sí, pero... "¿de ande yerba?"

—Hombre, mientras usted calienta el agua, yo le traigo una herrica.

—¡Vamos!... ¿De dónde?

—Del potrero del Valle. Con sacudir un árbol, juntamos yerba hasta para regalar... ¡Y uno, "aguantando la marca" allá por un rincón solitario!...

*

Fue Jacinto Brua (vive en el barrio 25 de Agosto), guapo, jinete y convidador de cigarras, quien me llevó un día del año siguiente a lo de don Pedro Méndez. Había muchas visitas. Corrían dos o tres mates, entre dulces y amargos. Gurí de nueve años, yo liqué uno dulce y no desprecié un amargo. Mientras chupaba, el propio Jacinto me preguntó al oído:

—¿Qué gusto le hallás al mate?

—A mate.

—La yerba es hech'aquí.

En cuanto salimos me contó. Pasamos por la quebradita, me mostró otros árboles y nos llevamos un gajo a las casas. Llegué callado, lo metí en el horno de la cocina

vivía a más de veinte cuerdas de uno de los arroyos. Decían:

—¡Mire si v'haber yerba aquí, que no hay ni pitangas!...

—¿Pitangas? ¡Ni ceibos hay!

Era verdad. No había pitangas ni ceibos.

*

Cuando me trasladé a Treinta y Tres del Olimar, iba inmunizado contra toda conversación sobre yerba. Hasta de donde la oyera: trataba de olvidarme de donde venía. Hasta que una vez en el Liceo, no pude aguantar. Explicaba el profesor de Geografía:

—Por aquí viene el Yerbalito; paralelo, por aquí, el Yerbal Chico. Aquí abajo, se juntan los dos en el Yerbal Grande.

—¿De dónde viene tanto "yerbalero", profesor?

—Dicen que porque parece que hubo por ahí algunos árboles de yerba.

—¿Yerba?

—Dicen que sí.

—Pero... ¿yerba de tomar mate?

—Sí muchacho. Dicen.

—Capaz que era ombá no más, que los gauchos confundían con yerba.

Y se desplomó la riota general. Colorado hasta casi llorar, como pidiendo disculpas, creo que alcencé a decir:

—Estée... profesor...

—Sí, a ver...

—Estée... no es ombá, es yerba y yo tomé de ella; estée... no sólo hubo, hay; no sólo dicen, está allí; no son algunos, son cantidades de árboles...

Me tapé la boca un argumento que no pude ni medio machucar:

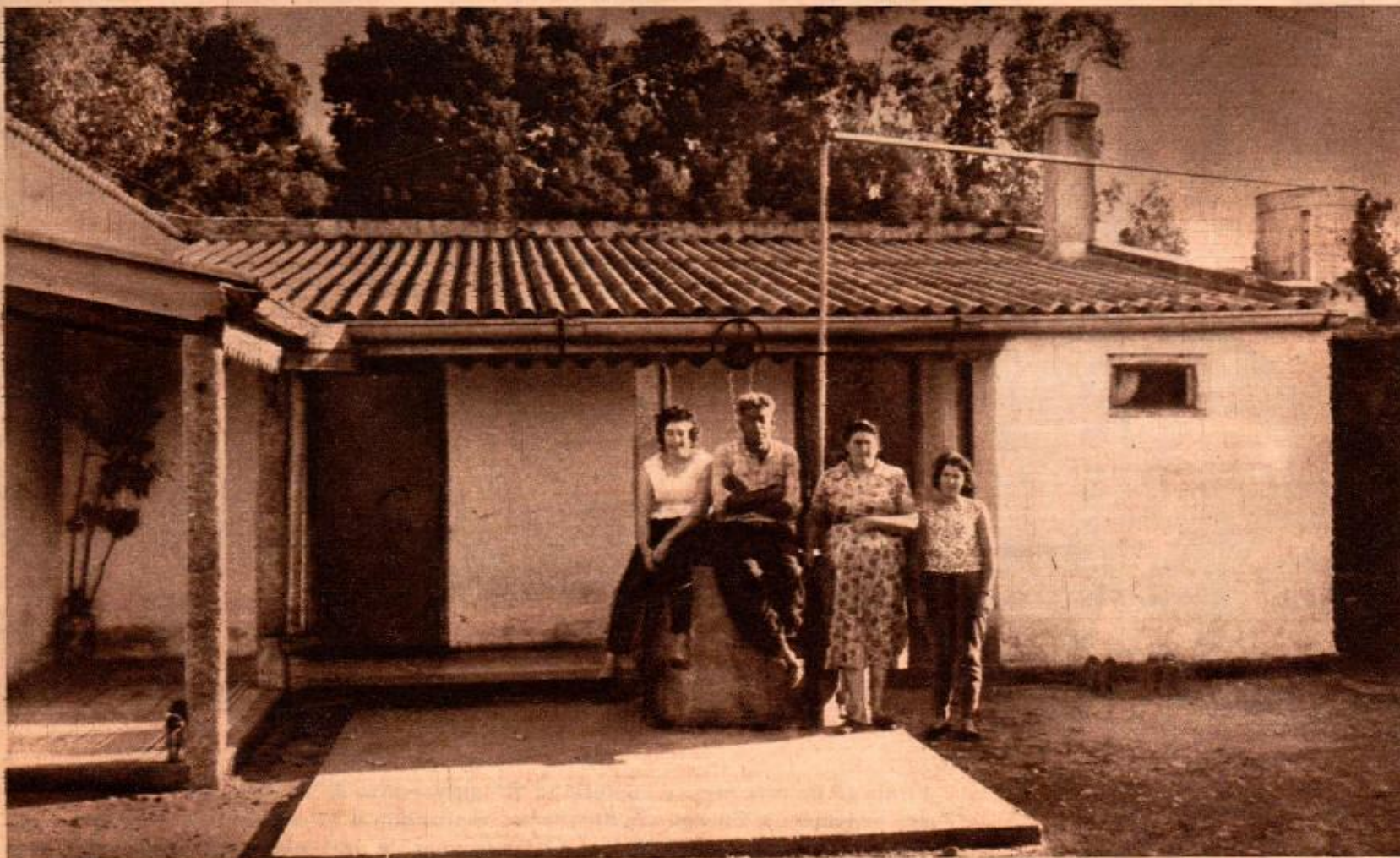
—¿Y qué prueba tenemos de que lo que tomó el compañero era mate de yerba y no de otro árbol con gusto parecido? Ningún especialista ha dicho nada...

A la salida me tuvieron "como cuero en cancha de bochas". Hasta el más apagado se encendió con su argumentito en contra. Me "taparon a razones". Y si no es por alguna "medida de pronta seguridad" que me vi en la necesidad de adoptar, hasta se me pega un nombre feazo: "Yerbita". ¡Yerbita, a mil... Como si a un toro le llamasen "Petalito"; pelea contra un ejército.

Desde entonces sí, que me olvidé de la yerba. Ni a los amigos más íntimos les hablé más de ella. Eso sí, soñaba con el asunto. Y no andaba con chicas. Una noche me soñé Galileo, obligado a decir ante la multitud, para comprar el indulto: "señores, es mentira, no hay yerba en los yerbalitos"; y diciendo, luego del indulto: "E pur est illex paraguayensis in yerbaliti"...

*

Y me vine para Montevideo, con mi vapulcado recuerdito. ¿A quién se lo iba a contar aquí, a más de trescientos kilómetros de la yerba, que me dejara hablar, si allá, a once leguas, no me dejaban ni abrir la boca? Seguí calladito durante diecinueve años.



Don Ernesto Barboza, señora Corina Larrosa de Barboza e hija de ambos.



He aquí un montón de yerba treintaitresina, labricada por don Ernesto Barboza, molida en una máquina simple de moler maíz. (Foto De Grandi.)



La semilla del árbol de yerba es muy parecida a la del transparente o ligastro en su forma, tamaño y color. Foto De Grandi.)

YERBA DE LOS YERBALITOS

Pero en 1958, con un grupo de amigos reencidimos en mi "candidateada" a la Diputación por Treinta y Tres. Un "bis" como cualquier otro; lo que sí, completo. En vez de repetir un pasaje, como es de estilo, nosotros repetimos todo; todo, hasta el fracaso. Se dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Habría que agregar que cuando la piedra es chica, el hombre le pone al lado una más grande para no errar el tropiezo. ¡Y qué piedrita me fui a elegir yo! ¡la yerba! Nada menos. ¡Cómo para errar el tropiezo! Era para tropezar con todo el cuerpo. Y con todo el cuerpo fuimos a dar contra semejante piedra. Zumbando nos quedó la cabeza. Y las orejas ardiendo, hasta ahora...

Resulta que fui allá, me reencontré con mi pago viejo, me hundí yerbalitos adentro, volví a toparme con aquellos árboles, estuve masticándoles las hojas, les hallé de nuevo el viejo sabor... mi casa paterna... la voz de mi madre... Doroteo... Jacinto... don Pedro... una claridad como a treinta años de distancia, que de pronto me envuelve y salgo de allí armado guri de ocho años, con una noticia en todo el cuerpo: yerba es los yerbalitos.

Con Perico Méndez (vive en Juan Rosas 625), hijo de don Pedro, nos pasamos media noche reconstruyendo el proceso de la elaboración, en la que ayudó al padre durante años. En el mes de julio, cuando la hoja está madura, se iban a la Quebrada de la Teja (donde hay "montañas de árboles", dice él); cortaban los gajos, los cargaban, y a cubierto de la helada los ponían a secar. Luego, al calor de brasas de leña sin "catings", toraban la hoja y después la molían. Sacaban yerba para todo el año, que repartían con algunos vecinos.

Reductamos nuestro programa de candidatos (recuérdese que la palabra proviene de "candidato"). El aspecto económico estaba casi todo concebido sobre la base de la explotación de las explotadas riquezas del suelo y del sub-suelo del Departamento (ganadería, agricultura, granja, calizas, granitos rojo y moro, mármol, losa de piedra, piedra de afilar, tierras de color, etc. etc. etc. Luego, en lugar especialmente reservado, colocábamos el punto fuerte: la yerba-mate. Imprimimos volantes, largamos el "gran bombazo" por CW 45, y nos largamos nosotros por esos barrios de la ciudad y rincones del departamento a difundir la nueva. No voy a repetir aquí todo lo que ocurrió, porque sería capaz, acordándome, de no publicar esta nota. Hubo adversarios —y de los más manzanos— que nos "fartaron" por la misma radio. Suerte —para ellos, claro— que no los escuchaban ni los comadres (nada digamos de los ahijados); que si no, nos sacan hasta nuestros propios votos haciendo chistes (algunos lindísimos), a costa de nuestros pobres afanes yerbaleros. Invitamos a más de un recalcitrante para ir a ver yerba y yerbales. Ninguno fue. Malpensando, uno se pregunta si no le pasaría lo que a aquel que juraba y perjuraba que no había viboras en un bañi-

do, y cuando quisieron llevarlo al bañado para mostrarle las viboras, contestó: "Ni manian, voy; capaz que salgo con semejante yarataca, prendida d'entre'esos pajonales"...

Pero eso no es nada. Hubo "correligionario al firme" que me llamó para proponerme:

—¿Qué le parece si dejamos el mate pa después de las elecciones?

—¡El mate! ¿Qué mate?

—El mate con yerba de Treinta y Tres.

—¿Por?

—Y... la gente no quiere apartarlo.

—¿Ah no?

—No. Y le v'ia decir más: si usted se lo apronta, la gente no lo ceba. Y más todavía: si se lo ceba, no se lo toma.

—No será para tanto...

—¿Qué no? Mire, le v'ia decir la verdad.

—A ver...

—Bueno, escuchéme: la gente se desconfía e' riza, con este asunto e' la yerba. Eh... ¿M'entendió ahora? ¿O no m'entendió?

Naturalmente, perdimos las elecciones. Claro, los hubiésemos perdido igual sin yerba. Pero con yerba, aquello fue una pasadita.

Pocos meses después, Víctor Gutiérrez Salmador —tan buen periodista como auténtico español salmantino— munido de una buena documentación y de serios informes técnicos, escribió en EL DIA una serie de notas (que complementó con reportajes a especialistas en la materia), en las que, partiendo de la existencia comprobada de yerbales en los departamentos de Treinta y Tres y Tacuarembó, abogaba por el cultivo y la industrialización de la planta en el Uruguay. La noticia cundió por todas partes, la recogieron otros órganos de la prensa, convenimos con el autor un viaje a mis pagos que al fin no salió. Fui yo por esos días a Treinta y Tres del Olimar. Sinceramente, no quería creer lo que veía. Y lo que veía era gente parándose en la calle para decirme:

—¡Pero y tenía razón usted, eh! Hay yerba no más...

Entonces me decidí a escribir esta nota. Fui de nuevo allá, invité a Hilario Favaro y su máquina fotográfica, a Perico Méndez y su baquin de serrano yerbalero, a Antenor Alvarez como chofer y testigo y a mi hermano Cristino como posible director de la futura tragedia que alguien tendrá que escribir un día sobre el tremendo problema social de las explotaciones humano-yerbaleras en Treinta y Tres; nos metimos en el jeep de Pedro Martínez Saravia, y nos largamos rumbo a la cuarta.

Estuvimos en la vieja casona de don Pedro Méndez, donde chapando su mate manianero con yerba casera, nos recibió doña Miguela Fleitas de Méndez, contándonos entre muchas cosas más, que su esposo fabricaba alrededor de 200 kilos de yerba anualmente, desde 1904, año de su llegada allí desde el Brasil. Pasamos el mediodía en una deliciosa quebradita del campo de los Méndez, sobre el Yerbalito, (a quince cuadras de su nacimiento). Allí, rodeados

de gigantescos, grandes, chicos y chiquitos (como para trasplantar), árboles de yerba, oímos de labios de Diógenes Méndez (Coco), nieto de don Pedro y doña Miguela, que allí, en no más de diez cuadras, hay como doscientos árboles, sin contar los del otro gajo del arroyo —el que yo recordaba— a poco trecho; y que el año atrasado, él solo hizo 40 kilos de yerba para uso de la casa.

Estuvimos luego en lo de don Ernesto Barboza, quien nos dijo que el año pasado hizo yerba; nos regaló un poco de ella; nos prometió mandarnos mudas de árboles, de los que hay cantidad en su campo; nos agregó que con esa yerba en mate dulce, las mujeres no se desprenden de la bombilla.

Conversamos con Máximo y Julián Larrosa, quienes nos afirmaron que su padre —aquel viejo bueno, honrado y trabajador, que se llamó don Crescencio Larrosa— también hacía yerba.

En fin, confirmamos que Yerbalito y Yerbal Chico abajo —nadie sabe hasta dónde— hay cantidades insospechadas de yerbales, como lo prueba su existencia en campos de Hernán Marabote y de don Francisco Dutra, que ocupa hoy don Luis Bulgarelli, llegado a aquellos lugares treinta años después de lo que hubiera sido deseable para bien de aquellos lugares. Confirmamos algo más importante aún: que allí en campos de don Ramón Xavier (Moyano), a dos leguas de los Cerros de Amaro, sobre vertientes que nada tienen que ver con los yerbalitos, también hay yerbales y gente (incluso el mismo don Ramón) que ha hecho y/o hace yerba para su consumo. Y por último, confirmamos que en la Quebrada de los Cuervos (Yerbal Chico), hay cantidad de árboles; y que en la Quebrada de la Teja (alrededores de la Cuchilla de Dionisio), hay miles de ellos.

Fue con esta historia, con el testimonio de todas las personas citadas (las que, excepto don Pedro Méndez, don Hilario Núñez y don Crescencio Larrosa, todas viven); las fotos tomadas, las hojas de yerba y la yerba que trajimos, que no vacilé en escribir esta nota. Nota que quiero terminar con estas palabras, hoy para siempre vigentes, en mí: En Treinta y Tres hay grandes yerbales. En Treinta y Tres se hace y se consume yerba de sus montes, que están a diez leguas y menos de la capital del Departamento, por lo que quien quiera puede verlos.

Y a esta altura, el más incrédulo dirá: con todo esto, ¿quién podrá dudar de lo que dice este hombre? Yo le contesto: después de todo esto, después de haber mostrado en casa y a docenas de amigos estas fotos, estas hojas, esta yerba; después de haber escrito esta nota, de haberla leído en voz alta, de haberla levantado como mi carta de triunfo, paso casualmente por el dormitorio de mis hijos (él de siete, ella de seis años) y oigo que deliberan en voz baja. Desconfiado como estoy en este asunto, me pongo a escuchar la conversación:

—¿Viste vos? A papá se le ha antojado que hay yerba en Treinta y Tres.

—¿Antojado?! Si va a publicar un artículo en el Suplemento de EL DIA, diciendo que hay no más.

—¿Pero él creará en eso?

—Y seguro... como en aquel cuento del zorro que nos hizo en el invierno...

—¿Te acordás?! El zorro ensillaba el avestruz, los sapos tocaban la guitarra, las comadreas cebaban mate, todos bailaban. ¡Qué se yo cuántas mentiras!

—Pero él decía que todo era verdad...

—¿No andarás medio mal de la que te dije, este papá?...

Y yo todavía me atrevo a cerrar mi nota preguntando: ¿No habrá llegado la hora de que Treinta y Tres ande aquellas diez leguas y menos, se entere de que tiene grandes yerbales, y se decida a estudiar la posibilidad de su cultivo y su explotación?

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA).

- 1) Simultáneamente con la aparición de esta nota, se hará una pequeña exposición de yerba, hojas de yerba —y si llegan a tiempo, de arbolitos de yerba— en la Florería da Rosa, sita en Manuel Oribe 646, Treinta y Tres del Olimar.
- 2) Para julio de 1961, organizaremos una excursión a la cuarta, con la finalidad de fabricar yerba por los viejos métodos allí usados. Los voluntarios ya pueden inscribirse en la dirección precitada.



Y no podía faltar doña Miguela Fleitas de Méndez con su mate de yerba lugareña; ella, que 56 años atrás, ayudaba a su esposo don Pedro Méndez a fabricarla. (Foto De Grandi.)